



Ayaan Hirsi Ali

Nómada

Del Islam a Occidente,
un itinerario personal y político

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Ayaan Hirsi Ali nació en Mogadiscio, Somalia, en 1969. Hija de Hirsi Magan Isse, líder político que se enfrentó al dictador Siad Barre, Ayaan recibió una educación islámica ortodoxa y sufrió asimismo la traumática experiencia que como un mal endémico se ceba en la mayoría de las mujeres musulmanas en su más tierna infancia: la ablación. Con apenas veintidós años, y huyendo de una boda concertada con un primo lejano, recaló en Holanda, donde inició los trámites de asilo, aprendió el idioma en un tiempo récord y cursó estudios de Ciencias Políticas. En 2001 Ayaan se incorporó a la Fundación Wiardi Beckman, tutelada por el PvdA, el Partido Socialdemócrata. A partir de entonces empezó a labrarse una reputación en pro de la defensa de los derechos de la mujer en el ámbito musulmán y vertió sus críticas hacia el islam y sus preceptos, que sumen a la mujer musulmana en un estado de opresión y sumisión que raya en la esclavitud. La elocuencia y claridad de sus ideas causaron un enorme revuelo en todo el mundo islámico, e hicieron pesar sobre ella amenazas de muerte. Decidió abandonar las filas del PvdA para ingresar en el VVD, el Partido Liberal. Elegida en 2003 diputada al Parlamento, siguió denunciando la opresión de la que es objeto la mujer musulmana, hasta que en junio de 2006 dejó su escaño. Antes de que se desatara el debate en torno a su ciudadanía neerlandesa –que le fue retirada y posteriormente devuelta, con la consecuencia de la caída del gobierno– había decidido trasladarse a Estados Unidos, donde actualmente colabora con el American Enterprise Institute, un *think tank* de tendencia liberal conservadora. En 2007 impulsó la creación de la Fundación Ayaan Hirsi Ali, con objeto de defender los derechos de las mujeres en Occidente frente al islamismo militante.

En 2006, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores publicó *Yo acuso*, recopilación de sus discursos y ensayos, y en 2007 *Mi vida, mi libertad*, autobiografía en la que relataba el periplo que la llevó desde su infancia en Somalia a los Países Bajos, donde se convertiría en una de las más significativas y reconocidas figuras del panorama político holandés. Es también autora del relato *Adán y Eva*, publicado en 2009 por este sello editorial.

Con *Nómada* Hirsi Ali relata su llegada a Estados Unidos para construir una nueva vida lejos de las amenazas de muerte, de disputas políticas y de su propio conflicto interior. Es la historia de su transición de una mentalidad tribal que impide a las mujeres pensar y actuar por sí mismas, hasta convertirse en una ciudadana libre en el seno de una sociedad abierta. En sus páginas, la autora narra los numerosos giros que dio su vida tras romper con su familia, sus dificultades para adaptarse a su sociedad de acogida, la reconciliación con su padre después de que éste la repudiara por haber abandonado los preceptos del islam, la difícil relación con su madre y con sus primos en Somalia y en Europa...

Pero *Nómada* es también un mensaje de alerta a Occidente ante el error de subestimar el islam radical, un llamamiento a instituciones clave –las universidades, el movimiento feminista, las iglesias cristianas– para que ayuden a otros inmigrantes musulmanes a superar los desafíos que ella misma experimentó y a resistir el fatal atractivo que, tanto desde el exterior como en el seno de nuestras sociedades, ejercen el fundamentalismo y el terrorismo. *Nómada* es, en suma, una celebración de la libertad de expresión y de la democracia, una importante contribución a la historia de las ideas y, por encima de todo, un entusiasta llamamiento a la acción.

«Este libro no versa únicamente sobre mi errática vida por Occidente, sino también sobre las vidas de muchos otros inmigrantes, sobre las dificultades filosófica y materialmente reales de personas, sobre todo mujeres, que viven en una cultura musulmana tradicional y profundamente cerrada, situada a su vez en el seno de una cultura abierta. Analiza la colisión entre los ideales islámicos y los ideales occidentales. Aborda el choque de civilizaciones que yo y millones de personas hemos vivido y seguimos viviendo.»

*A Chris DeMuth, el sustituto de Abeh,
mi amigo, mentor y guía en Estados Unidos,
con respeto y amor*

Imran bin Husain narró:
Dijo el Profeta: «Miré en el paraíso y vi que
la mayoría de sus habitantes eran gente pobre.
Y miré en el infierno y vi que la mayoría
de sus habitantes eran mujeres».

HADIZ, SAHIH BUJARI 4:464

Introducción

He sido nómada toda mi vida. He vagado por el mundo, desarraigada. Me he visto obligada a huir de dondequiera que me he establecido y he apartado de mí todas las certezas que me han enseñado.

Nací en Mogadiscio, en Somalia, en 1969. Siendo aún muy niña, mi padre fue encarcelado por formar parte de la oposición política a la brutal dictadura de mi país. Escapó de prisión y huyó al exilio. Cuando yo tenía ocho años, mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a vivir con él en Arabia Saudí. Un año después nos expulsaron de allí y emigramos a Etiopía, donde el grupo opositor en el que militaba mi padre había instalado su cuartel general. Unos dieciocho meses más tarde, volvíamos a mudarnos, esta vez a Kenia.

Cada cambio de país me arrojaba desprevenida a un nuevo idioma y a un modo de pensar radicalmente distinto. Y cada vez yo realizaba un esfuerzo desesperado por adaptarme. La única constante en mi vida fue la inquebrantable devoción de mi madre por el islam.

Mi padre abandonó Kenia y a nosotros, su familia, cuando yo tenía once años. No volví a verlo hasta cumplidos los veintiuno. Durante su ausencia, y por influencia de una maestra, me había convertido en una musulmana ferviente y piadosa. Había regresado, por un período de ocho meses, a Somalia, donde presencié en primera persona el estallido de la guerra civil, el caos y la brutalidad del gran éxodo de 1991, que conllevó el desplazamiento de la mitad de la población y la muerte de 350.000 personas.

A los veintidós años, mi padre me ordenó que me casara con un pariente, un completo desconocido para mí que vivía en Toronto, Canadá. Se suponía que en el trayecto de Kenia a Canadá tenía que hacer escala en Alemania, donde recogería mi visado canadiense y podría así proseguir mi viaje. Pero una sensación instintiva de desesperación me impulsó a escapar. Me subí a un tren con destino a Holanda. Aquel periplo fue incluso más desgarrador que todas mis anteriores singladuras. El corazón me palpitaba con fuerza al pensar en las consecuencias de mis actos y en cuál sería la reacción de mi padre y de mi clan al descubrir que me había fugado.

En Holanda descubrí la amabilidad de los desconocidos. Yo no era nadie para aquellas personas y, sin embargo, me alimentaron y me dieron cobijo, me enseñaron su idioma y me permitieron aprender cuanto quise. Holanda funcionaba de un modo distinto a todos los países donde previamente había habitado. Era un lugar pacífico, estable, próspero, tolerante, generoso y profundamente bondadoso. A medida que fui aprendiendo a hablar neerlandés empecé a formularme un objetivo de una ambición casi intolerable: estudiar Ciencias Políticas para descubrir por qué aquella sociedad, impía a mis ojos, *funcionaba*, mientras que el resto de las sociedades en las que yo había vivido, por muy musulmanas que proclamaran ser, estaban podridas por la corrupción, la violencia y el engaño.

Durante largo tiempo zozobré entre los ideales manifiestos de la Ilustración que me habían enseñado en la universidad y mi sumisión a los dictados igualmente taxativos de Alá, que tanto temía desobedecer. Mientras me abría camino en la universidad como traductora del neerlandés al somalí para los servicios sociales holandeses conocí a muchas mujeres musulmanas en circunstancias adversas, tanto en hogares para mujeres maltratadas como en las cárceles o en clases de educación especial. Jamás até cabos; de hecho, creo que me esforcé por evitar atarlos, de modo que

no supe ver la conexión entre su creencia en el islam y su pobreza, entre su religión y la opresión de las mujeres y la ausencia de libertad y de posibilidad de elegir.

Por irónico que parezca, fue Osama Bin Laden quien hizo que la venda se me cayera de los ojos. Tras los atentados del 11-S me resultó imposible seguir pasando por alto sus proclamas de que la destrucción de vidas de inocentes (infiel) es coherente con el Corán. Busqué en el Corán y descubrí que así era. Para mí, eso implicaba renunciar a ser musulmana. Más aún, en aquel preciso instante caí en la cuenta de que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

Al expresar públicamente estas reflexiones empecé a recibir amenazas de muerte. Paralelamente se me propuso que me presentara al Parlamento neerlandés como miembro del Partido Liberal por la Libertad y la Democracia. El hecho de ser negra y mujer y de ir acompañada con frecuencia por un guardaespaldas me dio mucha visibilidad como diputada. Pero estaba protegida. No ocurría lo mismo con mis amigos y colegas. Colaboré con el cineasta Theo van Gogh en el rodaje de una película que describía cómo el islam somete a las mujeres; tras ello, Theo fue asesinado por un fanático musulmán, un hombre de veintiséis años nacido en Ámsterdam.

Escribí unas memorias tituladas *Mi vida, mi libertad* acerca de mis experiencias. En ellas narra lo afortunada que me sentía por haber escapado de lugares donde la gente vive en tribus y donde los asuntos de los hombres se rigen de acuerdo a los dictados y las tradiciones de la fe, y lo feliz que era de habitar en un lugar donde las personas de ambos sexos viven en igualdad en tanto que ciudadanos. Relaté los azares que determinaron mi errática infancia: el temperamento volátil de mi madre, la ausencia de mi padre, la voluntad antojadiza de los dictadores, cómo lidiamos con las enfermedades, las catástrofes naturales y las guerras. Describí mi llegada a Holanda y mis primeras im-

presiones sobre la vida en un lugar donde los individuos no se convierten en súbditos de tiranos ni están gobernados por los dictados de la estirpe del clan, sino que son ciudadanos de gobiernos que ellos mismos eligen.

Esbocé, si bien sólo a grandes rasgos, el asimismo trascendente viaje que al mismo tiempo mi mente emprendió. Formulé algunas de las preguntas que me venían al pensamiento y describí los primeros pasos que tuve que dar para hallar un sentido al nuevo mundo en el que me había adentrado, así como las experiencias que me indujeron a cuestionarme mi fe en el islam y en las costumbres de mis progenitores.

Mientras escribía *Mi vida, mi libertad* imaginaba que mis viajes habían terminado. Pensaba que iba a permanecer para siempre en Holanda, que había echado raíces en su fértil suelo y que nunca tendría que desarraigarme de nuevo. Pero estaba equivocada. La diferencia estriba en que esta vez no huí a la fuerza. Emigré a Estados Unidos, como tantas personas antes que yo, en busca de la oportunidad de construirme una vida y una existencia libre y segura, una vida a un océano de distancia de todas las contiendas que había presenciado y del conflicto interior que me había atormentado. El presente volumen, *Nómada*, explica por qué elegí Estados Unidos.

He recibido incontables muestras de aliento y apoyo por parte de lectores de *Mi vida, mi libertad* procedentes de todo el mundo. Sin embargo, estos mismos lectores me han planteado también algunas preguntas que no abordé en aquellas páginas. Me han inquirido acerca del resto de mi familia, acerca de las experiencias de otras mujeres musulmanas. Me han preguntado por activa y por pasiva si mi experiencia representa un caso arquetípico, si soy ilustrativa de una realidad. *Nómada* responde a esa pregunta. Este libro no versa únicamente sobre mi errática vida por Occi-

dente, sino también sobre las vidas de muchos otros inmigrantes, sobre las dificultades filosófica y materialmente reales de personas, sobre todo mujeres, que viven en una cultura musulmana tradicional y profundamente cerrada, situada a su vez en el seno de una cultura abierta. Analiza la colisión entre los ideales islámicos y los ideales occidentales. Aborda el choque de civilizaciones que yo y millones de personas hemos *vivido* y seguimos *viviendo*.

Cuando emigré a Estados Unidos e inicié el proceso de anclarme en un nuevo país, se abatió sobre mí la profunda y para mí desconocida añoranza que siguió a la muerte de mi padre en Londres. Establecí de nuevo contacto con parientes lejanos –mis primos y mi hermanastra– que residen en Estados Unidos, el Reino Unido y otras partes del planeta, y descubrí la trágicamente inestable base sobre la que se apoyan sus vidas. Una de mis primas tiene el sida, la otra ha sido acusada de asesinar a su marido y un tercer primo envía todo el dinero que gana a Somalia para sustentar al clan. Todos ellos afirman ser leales a los valores de nuestra tribu y de Alá. Son residentes permanentes y ciudadanos de los países occidentales en los que habitan, pero sus corazones y mentes viven en otro lugar. Sueñan con un tiempo en Somalia que jamás existió, un tiempo de paz, amor y armonía. ¿Echarán alguna vez raíces en sus nuevos hogares? Parece improbable. Mi descubrimiento de sus tribulaciones es uno de los temas de *Nómada*.

¿Y qué?, pensará el lector. En todas las culturas existen familias disfuncionales. A Hollywood le encanta filmar películas de familias judías y cristianas atípicas. La diferencia radica en que, bajo mi punto de vista, la familia musulmana disfuncional representa una verdadera amenaza para la urdimbre misma de la vida occidental.

La familia es el crisol de los valores humanos. En ella se adiestra a los niños para que practiquen y promuevan las normas de la cultura de sus padres. Es en el seno de la familia donde se establece un ciclo de lealtades que pasa de

generación en generación. Precisamente por ello es fundamental que entendamos la dinámica de la familia musulmana, puesto que en ella, entre otras cosas, hallaremos la clave para desentrañar la permeabilidad de tantos jóvenes varones musulmanes al radicalismo islámico. Las familias son la principal vía por la que las teorías de la conspiración viajan desde las mezquitas y las madrazas de Arabia Saudí y Egipto hasta los salones de los hogares de Holanda, Francia y Estados Unidos.

Son muchos quienes en Europa y Estados Unidos impugnan las tesis del choque de civilizaciones entre el islam y Occidente. Sin embargo, una minoría radical de musulmanes cree firmemente que el islam se halla bajo asedio, y dicha minoría está decidida a ganar la guerra santa que ha declarado a Occidente. Su objetivo último es restaurar el califato teocrático en los países musulmanes e imponerlo en el resto del mundo. Un grupo mucho más extenso de creyentes, la mayoría de ellos afincados en Europa y en Norteamérica, opina que los actos terroristas cometidos por sus hermanos de fe desatarán una reacción violenta e indiscriminada contra todos los musulmanes. (De hecho, son pocas las pruebas que insinúen que tal reacción violenta está teniendo lugar, si bien tal percepción, alimentada por los radicales, persiste entre los inmigrantes musulmanes.) Este sentimiento colectivo de ser objeto de persecución impulsa a muchas familias de musulmanes afincadas en Occidente a aislarse en guetos construidos por ellos mismos. En el seno de tales guetos, los instigadores del islam radical cultivan su mensaje de odio y buscan soldados rasos para luchar como mártires en defensa de su distorsionada visión del mundo. Los jóvenes infelices y desorientados de las familias inmigrantes disfuncionales son los reclutas perfectos para la causa. Habida cuenta de la continua inmigración procedente del mundo musulmán y de la tasa de nacimiento notablemente mayor entre las familias mu-

sulmanas, desatender este fenómeno supone un gran peligro.

En tanto que lo he conocido desde dentro, puedo dar luz a tal problema simplemente vinculándolo con el relato de mis años de formación, relato que a su vez incluye los de mis hermanos y otros parientes. Con *Nómada* pretendo describir cuál fue la relación –o la ausencia de relación– que entablaron mis padres en el más íntimo ámbito de la familia, qué expectativas depositaron en sus hijos, cuál fue su filosofía sobre la educación de los hijos, la crisis de identidad que legaron a su progenie, sus discrepancias en torno a la sexualidad, el dinero y la violencia, y, por encima de todo, el papel de la religión en la deformación de nuestra vida familiar.

En ocasiones me pregunto qué habría sido de mí si mi padre no nos hubiera abandonado en Kenia. De haber permanecido a nuestro lado, me habrían casado a una edad mucho más temprana y jamás habría reunido el valor ni se me habría presentado la oportunidad de huir en búsqueda de una vida mejor. Si mi familia no hubiera emigrado de Somalia o si mi madre se hubiera salido con la suya y me hubiera retenido en casa en lugar de enviarme a la escuela, las semillas de mi rebelión tal vez no habrían germinado, esas semillas que me inspiraron para imaginar una vida por mí misma distinta a la que estaba acostumbrada y a la que mis padres habían previsto para mí. Muchas circunstancias y decisiones en mi existencia quedaron fuera de mi control y sólo ahora, con la perspectiva que da el tiempo, atisbo las oportunidades que me permitieron tomar las riendas de mi destino.

Descubrí a las duras que sobrevivir entre los dos sistemas de valores, cabalgar a horcajadas sobre la sima que separa Occidente del mundo islámico y vivir una vida llena de ambigüedades –con una apariencia externa de modernidad

y confianza en mí misma mientras en el interior me inclinaba por la tradición y la dependencia del clan— atrofia el proceso de convertirse en una persona individual. Me apesadumbraba la perspectiva de dejar que mi padre tuviera que hacer frente a la cólera de nuestro clan tras mi huida y me torturaba mentalmente al imaginar las repercusiones de renegar del islam, repercusiones que no recaerían sobre mi persona, sino sobre mis padres y sobre otros parientes. Sufrí muchos momentos de debilidad en los que incluso barajé la idea de renunciar a mis necesidades y sacrificar mi felicidad personal en pro de la paz de espíritu de mis progenitores, mis hermanos y mi clan.

En otras palabras, mi viaje errante fue por encima de todo mental, incluso en su última fase, en mi periplo de Holanda a Estados Unidos. No sólo salvé varios miles de kilómetros: la mía fue una travesía por el tiempo, a través de los siglos, que me llevó desde África, un continente donde las personas pertenecen a sus tribus, hasta Europa y Estados Unidos, donde las personas son ciudadanos, pese a que el concepto de ciudadanía pueda diferir considerablemente entre un país y otro. A lo largo del camino hubo multitud de malentendidos, expectativas y decepciones, y también numerosas lecciones que me sirvieron como aprendizaje. Averigüé que una cosa es decir adiós a la vida tribal y otra muy distinta llevar a la práctica la vida de un ciudadano, intento en el que muchos miembros de mi familia habían fracasado. Y no son en absoluto los únicos.

En la actualidad, aproximadamente una cuarta parte de la población mundial se define como musulmana, y los diez principales países generadores de refugiados son igualmente musulmanes. La mayoría de las personas desplazadas se dirigen hacia Europa y Estados Unidos. Y el volumen de migración procedente de los países musulmanes probablemente se incrementará en los años venideros, pues la tasa de natalidad en dichos países supera con creces a la de Occidente. Las «familias problemáticas», como la mía pro-

pia, serán cada vez más habituales, a menos que las democracias occidentales aprendan a integrar mejor a los recién llegados a sus sociedades e ideen modos más eficaces de convertirlos en ciudadanos.

Detecto tres barreras principales a este proceso de integración, ninguna de las cuales es exclusiva de mi familia. La primera es el trato que el islam dispensa a las mujeres. El islam reprime la voluntad de las niñas. Para cuando éstas empiezan a menstruar han perdido ya su voz y voto. Se las cría para convertirse en robots sumisos que sirven en el hogar como mujeres de la limpieza y cocineras. Se les exige que acepten al marido que su padre ha elegido y, tras la boda, se consagran a los placeres sexuales de sus esposos y a una vida de maternidad. A menudo su educación concluye cuando no son más que unas niñas, motivo por el cual devienen absolutamente incapaces de preparar a sus propios hijos para convertirse en ciudadanos normales de las sociedades occidentales modernas. Sus hijas repiten el mismo patrón.

Algunas niñas obedecen. Otras llevan una doble vida. Algunas escapan y acaban en las garras de la prostitución y las drogas. Unas cuantas consiguen abrirse camino por sí mismas, como fue mi caso, e incluso pueden llegar a reconciliarse con sus familias. Cada historia es única, pero el factor común es que las mujeres musulmanas se ven obligadas a lidiar con un control familiar de su sexualidad mucho más férreo que las mujeres de otras comunidades religiosas. A mi modo de ver, éste es el principal obstáculo en la senda de convertirse en un ciudadano íntegro, y no sólo para las mujeres, sino también para los hijos que éstas crían y los hombres en los que tales hijos se convertirán.

La segunda barrera, que puede antojarse trivial a los ojos de algunos lectores occidentales, es la incapacidad de muchos inmigrantes procedentes de los países musulmanes para gestionar el dinero. La actitud islámica con respecto a los préstamos y las deudas y la falta de educación de las